

CAPÍTULO VI

LA MORALIDAD DE LA VIOLENCIA

- I. — *Observaciones de P. Bureau y de P. de Rousiers. La era de los mártires. Posibilidad de mantener la escisión con poca violencia gracias al mito de la catástrofe.*
- II. — *Antiguos hábitos de brutalidad en las escuelas y los talleres. Las clases peligrosas. Indulgencia para los crímenes maliciosos. Los delatores.*
- III. — *La ley de 1884, hecha para intimidar a los conservadores. El papel de Millerand en el gabinete Waldeck-Rousseau. Razón de las ideas actuales sobre el arbitraje.*
- IV. — *Búsqueda de lo sublime en lo moral. Proudhon. Falta de origen moral en el trade-unionismo. Lo sublime y la noción de lo catastrófico en Alemania.*

I

Los códigos toman tantas precauciones contra la violencia, y la educación debilita en tal manera nuestros impulsos hacia ella, que, instintivamente, estamos obligados a pensar que toda acción violenta es una manifestación de retorno a la barbarie. Si, con frecuencia, se ha contrapuesto las sociedades industriales a las militares, es porque se ha considerado la paz como el bien principal y como esencial condición de todo adelanto material. Este último punto de vista nos explica por qué, a partir

del siglo XVIII y casi sin interrupción, los economistas han sido partidarios de los gobiernos fuertes y poco cuidadosos de las libertades políticas. Condorcet reprocha eso, precisamente, a los discípulos de Quesnay, y Napoleón III no tuvo mejor admirador que Michel Chevalier.¹

Puede preguntarse si no hay un poco de tontería en la admiración que nuestros contemporáneos tienen por la dulzura. Advierto, en efecto, que algunos autores, notables por su perspicacia y sus altas preocupaciones morales, no parecen temer tanto la violencia como nuestros profesores oficiales.

P. Bureau se muestra notablemente sorprendido de encontrar en Noruega habitantes rurales que han permanecido profundamente cristianos, y que, pese a ello, jamás dejan de tener un puñal en la cintura. Cuando una disputa termina con el cruce de los cuchillos, la encuesta policial es interminable, en especial por la falta de testigos dispuestos a declarar.

El autor concluye así: "El carácter blando y afeminado de los hombres es más temible que su amor, incluso exagerado y brutal, por la independencia, y una cuchillada dada por un hombre honesto pero violento, es un mal social menos grave y más fácilmente curable que los desbordes lujuriosos de jóvenes a quienes se considera más civilizados".²

Tomo un segundo ejemplo a P. de Rousiers que es, igual que P. Bureau, un católico ferviente y con preocupaciones morales. Relata cómo, hacia 1860, el gran centro minero de las Montañas Rocallosas —esto es, el país de Denver— fue purgado de los bandoleros que lo infestaban. Como la magistratura se mostraba impotente, los más valerosos ciudadanos decidieron obrar: "La ley de Lynch se aplicaba con frecuencia; un hombre convicto de asesinato o de robo, podía verse arrestado, juzgado, condenado y colgado en menos de un cuarto de hora, apenas un enérgico comité de vigilancia se apoderaba de él. El americano honrado tiene la excelente costumbre de no dejarse aplas-

¹ Cierta día, Michel Chevalier entró, exultante, en la sala de redacción del "Journal des Débats". "Sus primeras palabras fueron: ¡He conquistado la libertad! Se puso atención y se pidieron aclaraciones. Se trataba de la libertad de los mataderos". (Renán, *Feuilles détachées*, p. 149).

² P. Bureau, *Le paysan des fjords de Norvège*, págs. 114-115.

tar sólo porque es honrado. Un hombre de orden no es necesariamente un miedoso, como es verdad muy a menudo entre nosotros. Por el contrario, estima que sus intereses han de estar por encima de los de un perseguido por la justicia o de un jugador. Además, posee la energía necesaria para resistir, y el género de vida que lleva lo hace apto para resistir con eficacia, y aun para tornar la iniciativa y la responsabilidad de una medida grave, cuando las circunstancias lo exigen. Tal hombre, situado en un país nuevo y pleno de recursos, y que desea beneficiarse con las riquezas que encierra y conquistar con su trabajo una situación próspera, no dudará en suprimir, en nombre de los intereses superiores que representa, a los malhechores que comprometan el porvenir de ese país. He aquí por qué tantos cadáveres se balanceaban en Denver, hace veinticinco años, en el pequeño puente de madera tendido sobre el Cherry-Creek".³

Se advierte que P. de Rousiers ha meditado mucho sobre el asunto, ya que vuelve al mismo: "Yo sé —dice— que la ley de Lynch es considerada en Francia, generalmente, como un índice de barbarie. . . Pero si la gente honrada de Europa piensa de ese modo, la gente honesta de América opina todo lo contrario".⁴ Luego aprueba cálidamente el comité de vigilancia de Nueva Orleans, que en 1890 ahorcó, "con gran satisfacción de todas las personas honradas", a unos *maffiosi* absueltos por el jurado.⁵

No está demostrado que en los tiempos en que la *vendetta* funcionaba regularmente en Córcega —para completar o corregir la acción de una justicia coja— el pueblo haya tenido menos moralidad que hoy. Antes de la conquista francesa, la Kabilia no conocía otro modo de represión que la venganza privada, y los kabilios no eran malas personas.

Hay que reconocerles a los devotos de la mansedumbre que la violencia puede entorpecer el progreso económico y aun, tornarse peligrosa para la moralidad, cuando excede ciertos límites. Pero esta concesión no debe ser opuesta a la doctrina

³ De Rousiers, *Le vie américaine, Ranches, fermes et usines*, págs. 224-225.

⁴ De Rousiers, *La vie américaine, L'éducation et la Société*, p. 218.

⁵ De Rousiers, *op. cit.*, p. 221.

que aquí se expone, porque yo considero la violencia sólo desde el punto de vista de sus consecuencias ideológicas.

Es muy cierto, en efecto, que, para inducir a los trabajadores a considerar los conflictos económicos como imágenes debilitadas de la gran batalla que decidirá el porvenir, no es en absoluto necesario que haya un gran despliegue de brutalidad ni que la sangre corra a torrentes. Si una clase capitalista es enérgica, afirma constantemente su decisión de defenderse; su actitud franca y lealmente reaccionaria contribuye, al menos tanto como la violencia proletaria, a marcar la división de clases que es el fundamento de todo el socialismo.

Aquí podemos hacer uso de la vasta experiencia histórica provista por las persecuciones que tuvo que sufrir el cristianismo durante los primeros siglos. Los autores modernos se han impresionado tanto por el lenguaje de los Padres de la Iglesia y por los pormenores consignados en las Actas de los mártires, que generalmente se representan a los cristianos como proscritos, cuya sangre no cesaba de correr abundantemente. La escisión fue notablemente visible entre el mundo pagano y el mundo cristiano; sin esta escisión, éste no hubiera podido adquirir nunca su personalidad íntegra. Pero esta escisión ha podido conservarse sin que las cosas hayan ocurrido como se pensaba antes.

Nadie cree ya que los cristianos se refugiaban en galerías subterráneas para evitar las persecuciones policiales. Las catacumbas fueron excavadas con enormes gastos por comunidades que disponían de abundantes recursos y bajo terrenos que, en general, pertenecían a poderosas familias, protectoras del nuevo culto. Ya nadie pone en duda que antes de fines del primer siglo, el cristianismo tenía sus adeptos en el seno de la aristocracia romana. "En la muy antigua catacumba de Priscila... se ha encontrado la sepultura familiar donde fue enterrada, del primero al cuarto siglo, la rama cristiana de los Acilii".⁶ Parece que es preciso desechar también la vieja opinión relativa al gran número de mártires.

Renán admitía aún que la literatura martiroológica debía ser

⁶ P. Allard, *Dix leçons sur le martyre*, p. 171.

tomada en serio: "Los detalles de las Actas de los Mártires —decía— pueden ser falsos en su mayoría; pero el espantoso cuadro que exponen delante de nuestros ojos no dejó de ser una realidad. A menudo se inventaron falaces imágenes de esta lucha terrible...; pero no se ha exagerado su gravedad".⁷

Las investigaciones de Harnack conducen a una conclusión diferente: no hay proporción entre el lenguaje de los autores cristianos y la importancia material de las persecuciones. Habrían sido muy pocos los mártires antes de mediados del siglo III. Tertuliano fue el escritor que destacó con mayor relieve el horror que la nueva religión experimentaba por sus perseguidores. No obstante, Harnack declara: "Un vistazo sobre Cartago y Africa del norte, con el auxilio de las obras de Tertuliano, demuestra que antes del año 180 no hubo en esas regiones ningún mártir, y que, desde ese entonces hasta la muerte de Tertuliano (después de 220), apenas superaron las dos docenas, incluyendo los de Numidia y Mauritania".⁸

Es preciso no olvidar que, en esta época, había en Africa un número muy extenso de montanistas, que glorificaban el martirio y no admitían de ningún modo que se tuviera derecho de eludir la persecución.

P. Allard ha combatido la tesis de Harnack con argumentos que me parecen muy débiles.⁹ Parece no comprender la enorme distancia que puede existir entre la ideología de los perseguidos y la realidad. "Los cristianos —dice el profesor alemán—, podían lamentarse de ser como rebaños acosados, y con todo no era así, por lo común. Podían considerarse como modelos de heroísmo, y no obstante rara vez eran puestos a prueba". Llamo la atención sobre el fin de la frase: "Podían situarse por encima de las grandezas del mundo, y, de hecho, se adaptaban a él siempre".¹⁰

Hay algo paradójico, en principio, en la situación de la Iglesia, que teniendo adeptos en las clases altas (obligadas a vivir ha-

⁷ Renán, *Eglise chrétienne*, p. 137.

⁸ P. Allard, *op. cit.*, p. 137.

⁹ "Revue de questions historiques", julio 1905.

¹⁰ P. Allard, *op. cit.*, p. 142. Cf. lo que he dicho en *Le système historique de Renan*, págs. 312-315.

ciendo numerosas concesiones a los usos corrientes) podía mantener, no obstante una ideología de la escisión. Las inscripciones de la catacumba de Priscilia nos muestran "la perpetuidad de la fe en una serie de generaciones de Acilii en las que se encuentran, no sólo cónsules y magistrados de gran jerarquía, sino incluso sacerdotes, sacerdotisas y aun niños, miembros de ilustres colegios idolátricos, reservados como privilegio a los patricios y a sus hijos".¹¹ Si la ideología cristiana hubiera sido rigurosamente determinada por los sucesos materiales, tal paradoja hubiera sido imposible.

La estadística de las persecuciones no desempeña entonces aquí ningún papel importante. Algunas circunstancias de primer orden que se producían en el curso de las escenas de martirio, tuvieron mucho más importancia que la frecuencia de los suplicios. Fue por la existencia de sucesos extraños, pero muy heroicos, que se construyó la ideología: los mártires no tenían necesidad de ser muchos para demostrar, en los hechos, la verdad absoluta de la nueva religión y el error absoluto de la antigua, para establecer así la existencia de dos caminos incompatibles entre sí; para hacer comprender que el reino del mal tendría un término.

"Es posible —dice Harnack—, a pesar del reducido número de mártires, estimar en su justo valor el coraje que se precisaba para hacerse cristiano y vivir como cristiano. Ante todo, se debe encomiar la convicción del mártir que, pese a que con una palabra o un gesto podía quedar indemne, prefería la muerte a la impunidad".¹²

Los contemporáneos, que veían en el martirio una *prueba judicial* que constituía un testimonio en honor de Cristo,¹³ sacaban de esos hechos conclusiones muy distintas que las que puede sacar un historiador moderno que razona con preocupaciones modernas. Ninguna ideología estuvo tan alejada de los hechos como aquélla.

La administración romana era en extremo rigurosa con todo hombre que le parecía capaz de turbar la tranquilidad pública

¹¹ P. Allard, *op. cit.*, p. 206.

¹² P. Allard, *op. cit.*, p. 142.

¹³ G. Sorel, *Le système historique de Renan*, pág. 335-336.

y, en especial para todo acusado que desafiaba su majestad. Castigando de vez en cuando a algunos cristianos que les eran denunciados (por razones generalmente desconocidas para los modernos) no creía realizar un acto destinado a ocupar alguna vez la posteridad. Tampoco parece que el gran público se haya preocupado mucho del asunto. Esto es lo que explica por qué las persecuciones no dejaron casi ninguna huella en la literatura pagana. Los paganos no tenían motivo para adjudicar al martirio la extraordinaria importancia que le atribuían los fieles y las gentes que les otorgaban su adhesión.

Esta ideología no se hubiera formado de una manera tan paradójica si no se hubiera creído firmemente en las catástrofes descritas por los numerosos apocalipsis que fueron escritos al fin del primer siglo y a comienzos del segundo. Existía el convencimiento de que el mundo iba a ser librado por completo al reino del mal, y que Cristo vendría de inmediato para dar el triunfo a sus elegidos. Todo caso de persecución tomaba de la mitología del anticristo algo de su carácter terriblemente dramático. En vez de ser apreciado en razón de su importancia material, como una desventura que acaecía a algunos individuos, una lección para la comunidad o un obstáculo pasajero erigido ante la propaganda, se lo consideró un elemento de la guerra entablada entre *Satán, príncipe de este mundo*, que muy pronto iba a revelar su anticristo. De ese modo, la escisión resultaba, a la vez, de las persecuciones y de la afiebrada espera de una batalla decisiva.

Cuando el cristianismo se desarrolló lo suficiente, la literatura apocalíptica cesó de ser cultivada con frecuencia, pese a que su idea fundamental continuaba ejerciendo su influencia. Las Actas de los mártires fueron redactadas con la intención de provocar los mismos sentimientos que originaban los apocalipsis. Puede decirse que reemplazaron a éstos.¹⁴ Muchas veces se

¹⁴ Es probable que la primera generación cristiana no haya tenido una completa inteligencia de la posibilidad de reemplazar con las Actas de los mártires los apocalipsis imitados de la literatura judía. Se explicaría así el por qué no poseemos escritos anteriores al año 155 (carta de los esmirnianos relatando la muerte de san Policarpo), y por qué el recuerdo de un cierto número de muy antiguos mártires romanos pudo ser perdido.

halla consignada, en la literatura de las persecuciones —de una manera tan clara como en los apocalipsis—, el horror que los fieles experimentaban por los ministros de Satán que los perseguían.¹⁵

Podemos entonces concebir que el socialismo sea perfectamente revolucionario, aunque no haya sino conflictos breves y poco numerosos, con tal que posean la suficiente fuerza para combinarse con la idea de la huelga general. Todos los acontecimientos aparecerán entonces bajo una forma amplificada y si se mantienen las nociones de catástrofe, la escisión será perfecta. De este modo se descarta la objeción que se hace a menudo a los revolucionarios: la civilización no está amenazada de sucumbir bajo las consecuencias de un desarrollo de la brutalidad, pues la idea de huelga general permite alimentar el concepto de lucha de clase en medio de incidentes que parecen mediocres a los historiadores burgueses.

Cuando las clases gobernantes, no atreviéndose a gobernar más, tienen vergüenza de su privilegiada situación y se esfuerzan en adelantarse a sus enemigos, y proclaman su horror por toda escisión en la sociedad, se hace mucho más difícil mantener en el proletariado esta idea de división, sin la cual sería imposible para el socialismo cumplir su histórico cometido. Mucho mejor, dicen los *buenos hombres*; podemos entonces esperar que el porvenir del mundo no será entregado a las gentes groseras que no respetan ni el Estado, que se burlan de las altas ideologías burguesas y que no demuestran más admiración por los profesionales del pensamiento elevado que por los curas. Hagamos todos los días algo más por los desheredados, dicen esos señores; mostrémonos más cristianos o más filántropos o más demócratas (según el temperamento de cada uno); unámonos para el cumplimiento del *deber social*. Así daremos cuenta de esos horribles socialistas que creen posible arruinar el prestigio de los intelectuales, después que los intelectuales arruinaron el de la Iglesia. De hecho, esas doctas y morales combinaciones fracasaron; no es difícil columbrar la razón.

El gracioso razonamiento de esos señores, los pontífices del deber social, supone que la violencia no podrá ya aumentar, e

¹⁵ Renán, *Marx-Aurèle*, p. 500.

incluso que disminuirá, a medida que los intelectuales repartan cortesías, estupideces y muecas en honor de la unión de las clases. Desdichadamente para esos grandes pensadores, las cosas ocurren de otra manera. Se advierte que la violencia no cesa de crecer cuando tendría que disminuir, de acuerdo a los principios de la alta sociología. En efecto, hay socialistas miserables que se aprovechan del temor burgués para arrastrar a las masas a un movimiento que, todos los días, es menos parecido al que debe resultar de los sacrificios consentidos por la burguesía en pro de la paz. Un poco más, y los sociólogos acabarán por declarar que los socialistas hacen trampas y emplean procedimientos desleales: tan mal responden los hechos a sus previsiones.

No obstante, era fácil de comprender que los socialistas no se dejarían vencer sin haber empleado todos los recursos que podía ofrecerles la situación. Estas gentes, que han consagrado su vida a una causa que identifican con la renovación del mundo, no podían vacilar en hacer uso de todas las armas para hacer crecer el espíritu de lucha de clase cuando más esfuerzos se hacían para que desapareciera. Las relaciones sociales de la actualidad son susceptibles de una infinidad de accidentes violentos y no se ha omitido aconsejar a los trabajadores a no retroceder ante la brutalidad cuando ésta pudiera darle beneficios. Los burgueses filántropos festejan a los sindicatos que acceden a discutir con ellos, con la esperanza de que esos obreros, orgullosos de sus aristocráticos contactos, darán pacíficos consejos a sus camaradas. Es así como, rápidamente, nacerán las sospechas de traición contra los partidarios de las reformas sociales. En fin, y éste es el hecho más destacable de esta historia: el antipatriotismo se convierte en un elemento esencial del programa sindicalista.¹⁶

La incorporación del antipatriotismo en el movimiento obrero se destacó tanto por haberse producido en momentos en que el

¹⁶ Como consideramos todas las cosas desde el punto de vista histórico, poco importa saber qué razones se dieron los primeros apóstoles del antipatriotismo. Razones de ese género no son casi nunca, las mejores. Lo esencial es que para los obreros revolucionarios, el antipatriotismo aparece inseparable del sindicalismo.

gobierno iba a poner en práctica las teorías solidaristas. León Bourgeois compuso sus gracias más amables para el proletariado; vanamente, le asegura que la sociedad capitalista es una gran familia y que el pobre tiene un crédito sobre la riqueza general. Puede sostener que toda la legislación contemporánea se orienta hacia las aplicaciones de la solidaridad. El proletariado le responde negando, del modo más grosero, el pacto social, mediante la negación del deber patriótico. En el momento en que parecía haberse hallado el medio de suprimir la lucha de clases, he aquí que ésta renace bajo una apariencia particularmente desagradable.¹⁷

Es así como estos ingenuos logran resultados que están en plena contradicción con sus esfuerzos. ¡Es como para desesperar de la sociología! Si hubieran tenido sentido común y verdadero deseo de proteger la sociedad contra un aumento de la fuerza bruta, no empujarían a los socialistas a la necesidad de la táctica a que se les obliga hoy día. Se quedarían tranquilos, en vez de sacrificarse por el deber social; bendecirían a los sostenedores de la huelga general que, de hecho, trabajan para *hacer que la conservación del socialismo comporte la menor brutalidad posible*. Pero los ingenuos no tienen sentido común. Será menester que sufran todavía muchos porrazos, muchas humillaciones y muchas pérdidas de dinero antes que se decidan a dejar al socialismo seguir su camino.

II

Mientras tanto, vamos a ahondar un poco más en nuestras investigaciones, y preguntarnos en qué motivos se cimienta la profunda aversión que evidencian los moralistas cuando se hallan frente a hechos de violencia. En principio, se hace indispensable una enumeración muy sumaria de ciertos cambios muy curiosos, que han sobrevenido en las costumbres de las clases obreras.

¹⁷ Esta propaganda ha producido resultados que superan en mucho las esperanzas de sus promotores, y que serían inexplicables sin la idea revolucionaria.

A. — En primer lugar, noto que no hay nada más destacable que el cambio producido en el modo de educar a los niños; antes se creía que la palmeta era el útil más necesario para el maestro de escuela; hoy, las penas corporales han desaparecido de nuestra enseñanza pública. Creo que la competencia que ésta tenía que sostener contra la enseñanza congregacionista tuvo gran parte en ese progreso. Los Hermanos aplicaban, con extremo rigor, los viejos principios de la pedagogía clerical y se sabe que ésta siempre comportó muchos golpes y castigos excesivos, con el fin de domar al demonio que inspira al niño muchos malos hábitos.¹⁸ La administración fue bastante inteligente para oponer a esta educación bárbara otra más dulce, que le reportó muchas simpatías. No me parece dudoso que la severidad de los castigos clericales haya tenido parte en el desborde de los actuales odios, contra los que se debate tan penosamente la Iglesia. En 1901 yo escribía: "Si [la Iglesia] estuviera bien inspirada, suprimiría del todo las obras consagradas a la infancia; suprimiría escuelas y talleres, y así haría desaparecer la principal fuente en donde se alimenta el clericalismo. Pero, lejos de querer seguir ese camino, parece que desea multiplicar, cada vez más, esos establecimientos, y de ese modo se asegura todavía largos días de odio popular contra el clero".¹⁹ Lo que se produjo desde 1901 supera incluso mis previsiones.

Antiguamente existían costumbres muy brutales en las fábricas, sobre todo en las que era menester emplear hombres de una fuerza superior, a los que se denominaba "grosses culottes".* Terminaron por encargarse del enganche, porque "todo individuo reclutado por otros estaba sujeto a una infinidad de miserias y de insultos". El que quería entrar en *su* taller debía pagarle la bebida, y el día siguiente, obsequiar a los camaradas.**

¹⁸ Cf. Renan, *Histoire du peuple d'Israel*, tomo IV, págs. 289 y 296. Y. Guyot, *La Morale*, págs. 212-215. Alphonse Daudet, *Numa Roumestan*, cap. IV.

¹⁹ G. Sorel, *Essai sur l'Eglise et l'Etat*, p. 63.

* Calzonazos.

** El pequeño pasaje que sigue describe alguna costumbre de los talleres de Francia. No hemos hallado quién nos explique parte de su

Denis Poulot, de quien tomo estos pormenores, anota que las máquinas han suprimido el prestigio de los *grosses culottes*, que no eran más que un recuerdo cuando él escribía en 1870.²⁰

Los hábitos de las Compañerías se destacaron largo tiempo por su brutalidad. Antes de 1840 eran frecuentes las peleas, casi siempre cruentas, entre grupos de ritos diferentes. Martín Saint-León ofreció, en su libro sobre la Compañería, algunos extractos de canciones verdaderamente bárbaras.²¹ Las recepciones estaban llenas de pruebas muy severas; los jóvenes eran tratados como verdaderos parias en los *Deberes* de Jacques y de Soubise. "Se ha visto —relata Perdiguier— a compañeros [carpinteros] denominarse Plaga de los zorros [aspirantes], el Terror de los zorros... En provincia, un zorro [novicio] trabaja raramente en las ciudades; se lo caza, como se dice, en la maleza".²²

Muchas escisiones tuvieron lugar cuando la tiranía de los "compagnons" chocó con los hábitos más liberales que predominaban en la sociedad. Y cuando los obreros no necesitaron ya de un protector, sobre todo para encontrar trabajo, no consintieron más tan fácilmente en sufrir las exigencias que antes habían parecido tener importancia en orden a las ventajas de la Compañería. La lucha por el trabajo puso frente a frente más de una vez a aspirantes y compañeros que querían reservarse

significado, ya que es una jerga privativa de esos sitios. En francés dice: "Le fameux *quand est-ce* marche; chacun y prend son allumette... Le *quand est-ce* est le consensateur des économies; dans un atelier où l'on a l'habitude du *quand est-ce*, il faut y passer ou gare à vous". [El famoso *quand est-ce* camina; cada uno prende en él su cerilla... Le *quand est-ce* es el condensador de las economías; en un taller donde se tiene la costumbre del *quand est-ce*, es preciso pasar por ello, ¡o fuera!] Evidentemente, el *quand est-ce* es un novicio al que usan para prender los fósforos sobre él, en tanto camina. (N. del T.).

²⁰ Denis Poulot, *Le Sublime*. págs. 150-153. Cito de acuerdo a la edición de 1887. Este autor dice que los *grosses culottes* obstaculizaron mucho el adelanto de las herrerías.

²¹ Martín Saint-León, *Le Compagnonnage*, págs. 115, 125, 270-273 y 277-278.

²² Martín Saint-León, *op. cit.*, p. 97. Cf. págs. 91-92 y 107.

ciertos privilegios.²³ Aún podrían aducirse otras razones para explicar la decadencia de una institución que, aun prestando buenos servicios, contribuyó sobremanera a mantener la idea de brutalidad.

Todo el mundo opina que la desaparición de esas antiguas brutalidades fue algo excelente. De esta opinión era demasiado fácil pasar a la idea de que toda violencia es un mal. En efecto, la mayoría, que no está acostumbrada a pensar, llegó a aquella conclusión, que hoy es aceptada como un dogma por el *rebaño balador* de los moralistas. Pero no se preguntaron qué es lo que hay de reprehensible en la brutalidad.

Cuando no existe conformidad con la tontería vulgar, se advierte que nuestros conceptos sobre la desaparición de la violencia dependen más bien de una transformación muy importante que se produce en el ámbito criminal más que en los principios morales. Es lo que trataré de demostrar.

B. — Los sabios de la burguesía no gustan de ocuparse de las clases peligrosas.²⁴ Esta es una de las razones por las cuales todas sus disertaciones sobre la historia de las costumbres no pasan de ser superficiales. No es difícil reconocer que sólo el conocimiento de esas clases es lo que permite penetrar en los misterios del pensamiento moral de los pueblos.

Las antiguas clases peligrosas practicaban la delincuencia más elemental, la que tenían al alcance, la que hoy está reservada a los grupos de jóvenes golfos sin experiencia ni raciocinio.

Los delitos de brutalidad nos parecen ser, hoy, algo anormal; tanto que, cuando se ejerce una gran brutalidad, nos pregun-

²³ En 1823, los compañeros carpinteros pretendieron reservarse La Rochelá, que habían abandonado largo tiempo por considerarla poco importante. Sólo se detenían en Nantes o en Burdeos (M. Saint-León, *op. cit.*, p. 103). "L'Union des travailleurs du Tour de France" se formó para rivalizar con la Compañería, de 1830 a 1832, luego de haber sido rechazadas algunas demandas de reformas bastante simples presentadas por los aspirantes. (Págs. 108-116, 126-131).

²⁴ El 30 de marzo de 1906, Monis decía en el Senado: "No puede consignarse en un texto legislativo que la prostitución *existe* en Francia para los dos sexos".

tamos a menudo si el culpable está en sus cabales. Esta transformación no significa evidentemente que los criminales se han moralizado sino que han cambiado sus procedimientos, en razón de las nuevas condiciones de la economía, como lo veremos más adelante. Ese cambio tuvo un considerable influjo sobre el pensamiento popular.

Sabemos que todas las agrupaciones de malvivientes coinciden en mantener una excelente disciplina en su seno, merced a sus métodos brutales. Cuando vemos maltratar a un niño, instintivamente pensamos que sus padres tienen hábitos criminales. Los procedimientos empleados por los antiguos maestros de escuela y que los institutos eclesiásticos se obstinan en conservar, son los mismos de los vagabundos que raptan niños para convertirlos en acróbatas consumados o mendigos hábiles. Todo eso que evoca las costumbres de las antiguas clases peligrosas nos es soberanamente detestable.

La antigua ferocidad tiende a ser reemplazada por la astucia, y numerosos sociólogos consideran esto como un importante progreso. Algunos filósofos, que no están habituados a seguir las opiniones del rebaño, no vislumbran bien en qué consiste ese progreso, desde el punto de vista moral. "Si nos repugna la crueldad, la brutalidad de los tiempos pasados —dice Hartmann—, no hay que olvidar que la rectitud, la sinceridad, el vivo sentimiento de la justicia, el piadoso respeto frente a la santidad de las costumbres, caracterizan a pueblos antiguos. En tanto que hoy, vemos reinar la mentira, la falsedad, la perfidia, las chicanas, el desprecio de la propiedad, el desdén a la probidad natural y a las costumbres lícitas, cuyo mérito es a menudo ignorado.²⁵ El robo, la mentira, el fraude aumentan, pese a la represión de las leyes, en una proporción creciente, que no disminuyen los delitos groseros y violentos como el pillaje, el asesinato, la violación, etcétera. El más burdo egoísmo

²⁵ Hartmann se apoya en la autoridad del naturalista inglés Wallace, que ha elogiado cálidamente la simplicidad de las costumbres de los malayos. En esto hay, seguramente, una gran dosis de exageración, aunque otros viajeros hayan efectuado análogas observaciones en algunas tribus de Sumatra. Hartmann quiere demostrar que no existe un progreso hacia la felicidad, y esta teoría lo lleva a exagerar la felicidad antigua.

destroza impudicamente los sagrados lazos de la familia y de la amistad, donde quiera que se le opongán".²⁶

Hoy, por lo común, se estima que las pérdidas pecuniarias son accidentes que pueden ocurrir a cada paso y que son fácilmente remediables, en tanto que los accidentes corporales no lo son. Se considera entonces que un timo es infinitamente menos grave que un delito de violencia. Los criminales aprovechan de esta transformación que se ha producido en la mentalidad.

Nuestro Código Penal fue redactado en una época en que se representaba al ciudadano con los rasgos de un propietario rural, preocupado únicamente por administrar su posesión como buen cabeza de familia y proporcionar a los hijos una situación honorable. Las enormes fortunas adquiridas por los negocios, por la política, por la especulación, eran raras, y se consideraban verdaderos abortos. La defensa del ahorro de las clases medias fue una de las principales preocupaciones del legislador. El anterior régimen había sido implacable en la represión de los fraudes, ya que la declaración real del 5 de agosto de 1725 condenaba a muerte al quebrado fraudulento ¡No se puede imaginar nada tan alejado de nuestras actuales costumbres! Hoy estamos dispuestos a creer que los delitos de este género no pueden ser cometidos, por lo común, sino gracias a una imprudencia de las víctimas, y que sólo excepcionalmente merecen penas aflictivas. Es más, nos conformamos con penas muy livianas.

En una sociedad opulenta, que se ocupa de grandes negocios y donde cada uno se desvela por la defensa de sus intereses —tal como la sociedad americana—, los delitos maliciosos no tienen iguales consecuencias que en una sociedad que está obligada a imponerse una rigurosa moderación. En efecto, es muy raro que esos delitos puedan ocasionar un desarreglo profundo y duradero en la economía. Por eso los americanos soportan, sin mayores lamentaciones, los excesos de sus políticos y sus financistas. P. de Rousiers compara al americano* con un capitán de barco que, durante una navegación difícil, no tie-

²⁶ Hartmann, *Philosophie de l'Inconscient*, trad. franc., tomo II, págs. 464-465.

* Sorel se refiere siempre al ciudadano de Estados Unidos (N. del T.).

ne tiempo de vigilar a su cocinero, que lo roba. "Cuando se les dice a los americanos que sus políticos los esquilman, responden por lo común: ¡Pardiez, lo sé bien! Mientras los negocios marchen, mientras los políticos no se crucen en el camino, podrán escapar, sin mucho esfuerzo, de los castigos que merecen".²⁷

Desde que en Europa puede ganarse dinero con facilidad, ideas semejantes a las de América se han extendido entre nosotros. Grandes negociantes pudieron escapar de la represión, porque actuaron con bastante habilidad, en las horas de triunfo, para crearse numerosas amistades en todas las esferas. Se ha llegado a considerar que sería muy injusto que se condene a negociantes en bancarota y a notarios arruinados después de medianas catástrofes, mientras que los príncipes de la estafa financiera continuaban llevando una vida de esplendor. Poco a poco, la nueva economía ha creado una nueva y extraordinaria indulgencia para todos los delitos dolosos en el país del alto capitalismo.²⁸

En los pueblos donde se conserva aún la antigua economía familiar, moderada y enemiga de la especulación, el enfoque relativo a los actos de brutalidad y a los hechos dolosos no tuvo la misma evolución que en América, Inglaterra o Francia. Así es como Alemania ha conservado muchos hábitos de los pasados tiempos,²⁹ y que no experimentan el mismo horror que nosotros por los castigos brutales. No les parecen, como a nosotros, propios para las clases peligrosas.

No han faltado filósofos que protestaran contra tal lenidad de los juicios. Aparte de lo que hemos transcrito más arriba de Hartmann, hemos de verlo entre los que protestan: "Estamos cerca ya —dijo— del tiempo en que el robo y el engaño, que condena la ley, serán despreciados como faltas comunes, como vulgares torpezas, por los sagaces ladrones que saben respetar el texto de la ley, mientras violan el derecho ajeno. Me hu-

²⁷ De Rousiers, *La vie américaine, L'Education et la société*, p. 217.

²⁸ Algunos pequeños países han adoptado, imitándolas, estas ideas, para estar al nivel de las grandes naciones.

²⁹ Es necesario notar que en Alemania hay tantos judíos en el ámbito de los especuladores, que las ideas americanas luchan trabajosamente para expandirse. Para la mayoría, el especulador asume el carácter de un extranjero que saquea la nación.

biese gustado más vivir entre los antiguos germanos, aun a riesgo de muerte, que estar obligado, en nuestras modernas ciudades, de considerar a cada hombre como un estafador o un bribón en tanto no posea pruebas evidentes de su probidad".³⁰ Hartmann no tiene en cuenta a la economía. Razona desde un punto de vista completamente personal y no mira lo que pasa a su alrededor. Nadie se expondría hoy a ser muerto por los antiguos germanos. Una estafa o un robo no son más que daños muy fácilmente subsanables.

C. — Para llegar, en fin, totalmente al fondo del pensamiento contemporáneo, es necesario examinar de qué manera el público aprecia las relaciones que existen entre el Estado y las agrupaciones delictuosas. Tales relaciones han existido siempre. Esas sociedades, después de haber ejercido la violencia, han terminado por ejercer la astucia, o, por lo menos, sus violencias se han hecho bastante excepcionales.

Hoy se vería con extrañeza que los magistrados se pusieran al frente de bandas armadas, como ocurrió en Roma durante los últimos años de la República. En el transcurso del proceso Zola, los antisemitas reclutaron tropas de manifestantes pagados, que estaban encargados de expresar las indignaciones patrióticas. El gobierno de Méline protegía esas maniobras que tuvieron, durante varios meses, bastante éxito y que mucho contribuyeron a impedir una leal revisión de la condena de Dreyfus.

No creo equivocarme si digo que esta táctica de los partidarios de la Iglesia fue la causa principal de todas las medidas que se toman contra el catolicismo desde 1901. La burguesía liberal jamás hubiera aceptado esas medidas si no hubiera estado todavía bajo la influencia del temor que había sentido durante el caso Dreyfus. El gran argumento que empleó Clemenceau para excitar sus tropas en el combate contra la Iglesia, fue el del miedo: no cesó de denunciar el peligro que la *facción* romana hacía correr a la República. Las leyes sobre las congregaciones, sobre la enseñanza, sobre el régimen de las Iglesias, fueron hechas para impedir al partido católico que retomara el empaque belicoso que había tenido; Anatole France las com-

³⁰ Hartmann, *loc. cit.*, p. 465.

paraba a menudo con las de la Liga: son *leyes de miedo*. Muchos conservadores saben esto muy bien, y han visto con desagrado las resistencias opuestas recientemente a los inventarios de las iglesias. Han estimado que el empleo de bandas de *apaches piadosos* tendría por resultado hacer a la clase media más hostil a su causa.³¹ No poco asombro causó ver a Brunetière, antiguo admirador de los apaches antidreyfusistas, aconsejar la sumisión. Es que la experiencia lo había iluminado sobre las consecuencias de la violencia.

Las asociaciones que usan de la astucia como base de sus operaciones, no provocan reacciones semejantes en el público. En tiempos de la República clerical, la Sociedad de San Vicente de Paul era nada menos que una oficina de supervisión para funcionarios de todo orden y grado. No hay que asombrarse entonces si la francmasonería pudo prestar al gobierno radical servicios idénticos a los que la filantropía católica había rendido a los gobiernos anteriores. La historia de recientes casos de delación ha evidenciado muy claramente, cuál era en definitiva el pensamiento de la nación.

Cuando los nacionalistas se posesionaron de los legajos que los dignatarios de las Logias habían elaborado sobre los oficiales, creyeron que sus adversarios estaban perdidos. El pánico que reinó durante algunos días en el campo radical, pareció dar la razón a sus previsiones. Pero pronto la democracia no tuvo más que burlas para lo que denominó "la pequeña virtud" de las personas que denunciaban a la opinión los procedimientos del general André y de sus cómplices. Henri Bérenger demostró, en esas arduas jornadas, que conocía al dedillo la moralidad de sus contemporáneos. No dudó pues en aprobar lo que llamaba "la supervisión legítima ejercida por las organizaciones de vanguardia sobre las castas dirigentes". Denunció la cobardía del gobierno, que había "dejado ultrajar, como dela-

³¹ En la sesión del Concejo Municipal de París (26 de marzo de 1906) el prefecto de policía dijo que la resistencia fue organizada por un comité de la calle Richelieu 86, que reclutaba *apaches piadosos* a razón de 3 a 4 francos por día. Afirmó que 52 curas de París le habían prometido, ya sea facilitarles los inventarios, ya contentarse con una resistencia pasiva. Acusó a los políticos católicos de haber forzado la mano del clero.

tores [a aquellos], que han asumido la ruda tarea de enfrentar a la casta militar y a la Iglesia romana, de cuestionarlas y denunciarlas" ("Action", 31 de octubre de 1904). Cubrió de injurias a los pocos dreyfusistas que osaron manifestar indignación. La actitud de Joseph Reinach le pareció particularmente escandalosa, y le pareció que debía sentirse muy honrado de ser aceptado en la Liga de los Derechos del hombre, que, por fin, se decidía a emprender "el gran combate por la defensa de los derechos del ciudadano, tanto tiempo sacrificada a la de un hombre" ("Action", 22 de diciembre de 1904). Por último, se votó una ley de amnistía para declarar que no se quería saber nada más de tales minucias.

Hubo en provincia algunas resistencias;³² pero, ¿tuvieron seriedad? Me permito ponerlo en duda después de consultar el legajo publicado por Péguy en el número 9 de la sexta serie de sus "Cahiers de la Quinzaine". Ciertos personajes de elocuencia pomposa, sonora y confusa se vieron algo cohibidos ante las sonrisas burlonas de notables tenderos y eminentes boticarios, que constituyen la crema de las sociedades doctas y musicales ante las que están habituados a perorar sobre la Justicia, la Verdad y la Luz. Y experimentaron la necesidad de mostrarse con un empaque estoico.

No hay nada más bello que el pasaje de una carta del profesor Bouglé, gran doctor en ciencias sociales que encontré en la página 13: "Me siento feliz de saber que la Liga va a pronunciar por fin su palabra. *Su silencio asombra y espanta*". Aquí tenemos a un mozo que se espanta y se asombra con facilidad. También Francis de Pressensé tuvo sus sobresaltos: es especialista en este género. Pero eran de una especie muy distinguida, como conviene a un gentilhomme socialista. Tenía miedo que la democracia fuera amenazada con una nueva "guillotina seca", semejante a la que había perjudicado tanto a los virtuosos demócratas durante los escándalos de Panamá.³³

³² La provincia, en efecto, no está acostumbrada, como París, a la indulgencia por las astucias y el bandidismo pacíficos.

³³ "Cahiers de la Quinzaine" (Cuadernos de la Quincena), noveno de la serie VI, pág. 9. F. de Pressensé era, durante los hechos de Panamá, el principal factotum de Hébrard. Se sabe que éste fue uno de los principales beneficiarios del pillaje panameño, cosa que no lo disminuyó

Cuando advirtió que el público aceptaba fácilmente la complicidad del gobierno y de una asociación filantrópica transformada en asociación criminal, lanzó rayos vengadores sobre los que protestaban. Entre los más graciosos de esos desconformes, destaco a un pastor político de Saint-Etienne, llamado L. Comte, que escribía en ese lenguaje extraordinario que hablan los miembros de la Liga de los Derechos del hombre: "Confiaba que ese asunto nos hubiese curado definitivamente de la malaria moral que padecemos y que limpiaría la conciencia republicana del virus clerical con que estaba impregnada. No pasó nada. Somos más clericales que nunca".³⁴ En consecuencia, este hombre austero se quedó en la Liga ¡Lógica protestante y burguesa! Nunca se sabe si la Liga podrá prestar pequeños servicios a los excelentes ministros del Santo Evangelio.

Si he insistido un poco extensamente sobre esos incidentes grotescos es porque me parecen apropiados para caracterizar el pensamiento moral de la gente que tiene la pretensión de dirigirnos. Desde ahora se sabe bien que las asociaciones político-criminales que funcionan por la astucia tienen un sitio reconocido en una democracia llegada a la madurez. P. de Rousiers cree que América llegará un día a curarse de los males que resultan de los manejos culpables de sus políticos. Ostrogorsky, luego de una larga y minuciosa encuesta sobre "la democracia y la organización de los partidos políticos", cree haber hallado las soluciones que permitirían desembarazar a los Estados modernos de la explotación que los partidos ejercen sobre ellos. Estos no son más que anhelos platónicos. Ninguna experiencia histórica permite suponer que pueda hacerse funcionar una democracia, en un país capitalista, sin los abusos criminales que se comprueban hoy en todas partes. Cuando Rousseau pedía que la democracia no tolerara en su seno ninguna asociación particular, razonaba según el conocimiento que tenía de las repúblicas de la Edad Media. Conocía mejor que sus coetáneos esa historia, y estaba convencido del enorme cometido que habían desempeñado entonces las asociaciones político-criminales.

ante los austeros hugonotes. El "Tiempo" sigue siendo el oráculo de la democracia razonable y de los ministros del Santo Evangelio.

³⁴ "Cahiers de la Quinzaine", *loc. cit.*, p. 13.

Comprobaba la imposibilidad de conciliar la razón, en una democracia, con la existencia de tales fuerzas. Pero la experiencia debía enseñarnos que no hay forma de hacerlas desaparecer.³⁵

III

Las explicaciones que anteceden nos permitirán comprender las nociones que se forman los demócratas instruidos y los ingenuos sobre el papel de los sindicatos obreros.

Muchas veces se ha felicitado a Waldeck-Rousseau por haber hecho votar, en 1884, la ley de los sindicatos. Para hacerse una idea de lo que se esperaba de esta ley, es preciso representarse cuál era la situación de Francia en esa época: enormes dificultades financieras habían llevado al gobierno a concertar con las empresas ferroviarias convenios que los radicales habían denunciado como actos de bandidaje. La política colonial daba ocasión a vivísimos ataques y era profundamente impopular.³⁶ El descontento que, algunos años más tarde, debía manifestarse bajo la forma del *boulangismo*, era ya muy marcado. Las elecciones de 1885 casi dieron la mayoría a los conservadores.

Waldeck-Rousseau, sin ser un clarividente, era bastante perspicaz para comprender el peligro que podía amenazar a la República oportunista, y bastante cínico para procurarse medios de defensa en una organización político-criminal capaz de jaquear a los conservadores.

En la época del Imperio, el gobierno trató de dirigir las sociedades de socorros mutuos, a fin de dominar a los empleados y a un sector de los artesanos. Más tarde, creyó posible hallar en las asociaciones obreras un arma capaz de deteriorar la autoridad del partido liberal sobre el pueblo y de asustar a las clases

³⁵ Al exponer la cuestión de una manera abstracta, Rousseau parecía condenar toda especie de asociación, y nuestros gobiernos se han apoyado largo tiempo en su autoridad para someter toda asociación a la arbitrariedad.

³⁶ En su *Morale*, publicada en 1883, Y. Guyot se alza, iracundo, contra esta política: "A pesar de las desastrosas experiencias (de dos siglos), nos apoderamos de Túnez, estamos a punto de ir a Egipto, partimos para Tonkín y soñamos con la conquista del África central" (pág. 339).

adineradas que le hacían una encarnizada oposición desde 1863. Waldeck-Rousseau se inspiró en esos ejemplos, y esperaba organizar entre los obreros una jerarquía bajo la dirección policial.³⁷

En una circular del 25 de agosto de 1884, Waldeck-Rousseau explicaba a los prefectos que no debían circunscribirse a la muy modesta función de gentes encargadas de hacer respetar la ley. Debían estimular el espíritu de asociación, "allanar en su camino las dificultades que no dejarían de presentarse por la inexperiencia y la falta de hábito de esta libertad". Su papel sería mucho más útil y más importante cuando lograran inspirar mayor confianza a los obreros. El ministro les recomendaba, en términos diplomáticos, asumir la dirección moral del movimiento sindical: ³⁸ "Aunque la Administración no tiene, con respecto a la ley del 21 de marzo [de 1884] ninguna obligación en la busca de [la solución de los grandes problemas económicos y sociales], no es admisible que permanezca indiferente a ella, y estimo que *para ella es un deber intervenir*, poniendo a disposición de todos los interesados sus servicios y su cuidado". Ha de actuar con mucha prudencia para no "suscitar desconfianzas" y mostrar a las asociaciones obreras hasta qué punto el gobierno se interesa en su desenvolvimiento, y dirigirlas "cuando se trate, para ellas, de entrar en el campo de las aplicaciones". Cada prefecto debía prepararse para "ese papel de consejero y de *colaborador devoto* por medio del hondo estudio de la legislación y de los organismos similares que existen en Francia y en el extranjero".

En 1884, el gobierno no previó en absoluto que los sindicatos pudiesen participar en una gran agitación revolucionaria, y la circular hablaba con cierta ironía del "peligro hipotético de una federación antisocial de todos los trabajadores". Hoy se estaría tentado de sonreír de la ingenuidad de un hombre que se nos presentó a menudo como *el rey de los malignos*. Pero, para

³⁷ Ya señalé esto en *L'Ere nouvelle*, de marzo de 1894, p. 339.

³⁸ Según el diputado socialista Marius Devèze, el prefecto del Gard asumió la dirección del movimiento sindical durante el ministerio Combes. (*Etudes socialistes*, p. 323). Leo en "France du Sud-Ouest" (25 de enero de 1904) una nota que anuncia que el prefecto de la Mancha, delegado por el gobierno, el subprefecto, el alcalde y la municipalidad han inaugurado oficialmente la Bolsa del Trabajo, en Cherburgo.

darse cuenta de sus ilusiones, es preciso volver a lo que escribían los demócratas en esa época. En 1887, en el prefacio a la tercera edición del *Sublime*, Denis Poulot, industrial veterano, antiguo alcalde del distrito XI y partidario de Gambetta, decía que los sindicatos matarían las huelgas. Creía que los revolucionarios no tenían mayor influencia sobre los obreros organizados, y veía en la escuela primaria un medio seguro de hacer desaparecer el socialismo. Como casi todos los oportunistas de ese tiempo, estaba mucho más preocupado de los *negros* que de los *rojos*. El mismo Yves Guyot no parece haber sido más perspicaz que Waldeck-Rousseau, ya que, en su *Morale* (1883) considera al colectivismo como una mera palabra. Allí critica la legislación existente que "tiene por finalidad impedir que los obreros se organicen para vender su trabajo al más alto precio posible y defender sus intereses". También confía en que los sindicatos terminarán "por organizar la venta del trabajo en grande". Los curas son violentamente atacados por él, y la familia Chagot es denunciada porque obliga a los mineros de Montceau a concurrir a misa.³⁹ Por ese entonces, todo el mundo contaba con la organización obrera para destruir la autoridad del partido clerical.

Si Waldeck-Rousseau hubiera tenido desarrollado el espíritu de previsión, se hubiera dado cuenta, sobre todo, del provecho que los conservadores intentaban sacar de la ley sobre los sindicatos, con el propósito de restaurar en los campos la *paz social* bajo su dirección. Hace algunos años se ha proclamado el peligro que corría la República con la formación de un partido agrario.⁴⁰ El resultado no respondió a las esperanzas de los promotores de los sindicatos agrícolas, pero pudo haber sido importante. En ningún momento Waldeck-Rousseau tuvo hesitaciones; su circular no deja ni siquiera entrever que haya sospechado los servicios materiales que las nuevas asociaciones debían prestar a la agricultura.⁴¹

³⁹ Y. Guyot, *Morale*, p. 293 y págs. 183-184, 122, 148 y 320.

⁴⁰ De Rocquigny, *Les syndicats agricoles et leur oeuvre*, págs. 42, 391-394.

⁴¹ Esto es muy explícito, pues los sindicatos están señalados en la circular como *posibles colaboradores de la industria francesa* en su lucha contra la competencia extranjera.

Si hubiese tenido alguna idea de lo que podía pasar, hubiera tomado sus precauciones en la redacción de la ley. La verdad es que ni la ley, ni la comisión comprendieron la importancia del vocablo "agrícola", que fue introducido, como enmienda, a pedido de Oudet, senador del Doubs.⁴²

Las asociaciones obreras dirigidas por los demócratas, y mediante astucias, amenazas y a veces algo de violencia, podían prestar importantes servicios al gobierno en su lucha contra los conservadores, entonces tan peligrosos. Quienes hace poco han convertido a Waldeck-Rousseau en un Padre de la Patria, no dejarán de protestar contra una interpretación tan poco respetuosa de su política; pero esta interpretación no ha de parecer de ningún modo inverosímil a esas personas que recuerdan el cinismo con el cual gobernaba entonces ese que se nos quiere presentar ahora como un *gran liberal*. Se tenía la impresión de que Francia estaba en vísperas de conocer un régimen que evocara las locuras, la lujuria y la brutalidad de los Césares. Por otra parte, cuando circunstancias no previstas devolvieron al poder a Waldeck-Rousseau, éste se dio prisa en retomar su antigua política y trató de utilizar a los sindicatos contra sus adversarios.

En 1899 ni podía soñarse en tratar de colocar las asociaciones obreras bajo la dirección de los prefectos,* como lo había previsto la circular de 1884. Pero existían otros medios factibles y, luego de incorporar a Millerand al gabinete, Waldeck-Rousseau creyó haber hecho una jugada maestra. Ya que Millerand había sabido imponerse como jefe a los socialistas —divididos hasta entonces en grupos irreconciliables—, ¿no podía convertirse en el *agente* que manejaría discretamente los sindicatos influyendo sobre sus dirigentes? Se utilizaron todos los medios de seducción para convencer a los obreros e inducirlos a que con-

⁴² Se creyó que sólo se trataba de permitir a los obreros rurales a sindicarse. Tolain declaró, en nombre de la Comisión, que jamás había pensado en excluirlos del beneficio de la nueva ley (De Rocquigny, *op. cit.*, p. 10). En general, los sindicatos rurales sirvieron de agencias comerciales a los directores de cultivos.

* En Francia, los prefectos equivalen a nuestros jefes de policía (N. del T.).

fiaran en los agentes superiores del gobierno de Defensa republicana.

Resulta ineludible pensar en la política que Napoleón se trazara al firmar el Concordato: había reconocido que no le sería posible actuar directamente sobre la Iglesia, como un Enrique VIII. "A falta de este camino —dijo Taine— toma otro que conduce al mismo fin... No desea alterar la creencia de sus pueblos; respeta las cosas del espíritu y quiere *dominarlas sin tocarlas*, sin mezclarse con ellas. Desea encuadrarlas en su política, pero por el influjo de las cosas temporales".⁴³ Igualmente, Millerand fue el encargado de asegurar a los obreros que no se tocarían sus convicciones socialistas; apenas si se conformaría con dominar los sindicatos y hacerlos encuadrar en la política del gobierno.

Napoleón había dicho: "Veréis qué partido sabré sacar de los sacerdotes".⁴⁴ Millerand tuvo la misión de dar a los dirigentes sindicales toda suerte de satisfacciones de amor propio,⁴⁵ en tanto que los prefectos tenían por encargo convencer a los patronos de acordar a los trabajadores ventajas materiales. Se descontaba que una política tan napoleónica debía ofrecer resultados semejantes a los obtenidos con la Iglesia. El Director de Cultos, Dumey, llegó a crear un episcopado dócil, constituido por gentes que los católicos fervientes denominaban, desformaran *prefectos rojos* llevando a las oficinas ministeriales hábiles jefes de servicio?⁴⁶ Todo esto estaba bien meditado y

pectivamente, los *prefectos violetas*. ¿No cabía esperar que se

⁴³ Taine, *Le régime moderne*, tomo II, p. 10.

⁴⁴ Taine, *loc. cit.*, p. 11.

⁴⁵ Esto es lo que señala acertadamente Mme. Georges Renard en el relato de una fiesta obrera dada por Millerand (L. de Seilhac, *Le Monde Socialiste*, p. 308).

⁴⁶ Millerand no conservó al antiguo Director de la Oficina del Trabajo, que no sería, sin duda, lo suficientemente dúctil para la nueva política. Me parece bien establecido que se hizo entonces en el ministerio una buena labor de *encuesta moral* sobre los militantes de los sindicatos, en vista, evidentemente, de saber qué medios podían emplearse para aconsejarlos. Ch. Guieysse reveló esto en las *Pages libres* del 10 de diciembre de 1904. Las protestas del ministerio y las de Millerand no parecen serias. ("Voix du Peuple", 18, 25 de diciembre de 1904, 1º de enero de 1905, 25 de junio y 27 de agosto).

correspondía perfectamente al tipo de talento de Waldeck-Rousseau, que toda su vida fue gran partidario del concordato y le complacía negociar con Roma; tampoco le disgustaba negociar con los *rojos*. Nada más que la originalidad de la empresa hubiera bastado para subyugar su espíritu, enamorado de las sutilezas.

En un discurso del 1º de diciembre de 1905, Marcel Sembat —que estuvo muy bien situado como para no ignorar cómo habían ocurrido las cosas en tiempos de Millerand— relató algunas anécdotas que causaron estupor en la Cámara. Les hizo saber que el gobierno, para hacerse antipático a los consejeros municipales nacionalistas de París y reducir su influencia en la Bolsa del Trabajo, había pedido “a los sindicatos que hicieran gestiones para justificar la reorganización de la administración de ese establecimiento”. Hubo cierto escándalo cuando se vio —el día de la inauguración del monumento de Dalou en la plaza de la Nación— desfilar las banderas rojas frente a las tribunas oficiales. Nosotros sabemos, no obstante, que eso fue el resultado de las negociaciones. El prefecto de policía dudaba bastante, pero Waldeck-Rousseau había autorizado el uso de las insignias revolucionarias. Poco importa que el gobierno haya negado toda relación con los sindicatos; una mentira más o menos no podía preocupar a un político de la envergadura de Waldeck-Rousseau.

La revelación de estos entretelones nos evidencia que el ministerio contaba con los sindicatos para atemorizar a los conservadores. Se hace entonces fácil comprender su actitud durante muchas huelgas. Por una parte, Waldeck-Rousseau proclamaba, con gran energía, la necesidad de otorgar la protección de la fuerza pública a un solo obrero que deseara trabajar pese a los huelguistas; y por otra parte, él cerraba los ojos —más de una vez— ante las violencias. La verdad es que precisaba molestar y acobardar a los progresistas⁴⁷ y reservarse el derecho de

⁴⁷ Hay que preguntarse si Waldeck-Rousseau no se excedió, lanzando al gobierno por un camino muy diferente al que deseaba hacerle tomar. Me parece que la ley sobre las asociaciones no se hubiese votado sin la influencia del miedo, pero es verdad que la redacción fue más anticlerical de lo que su promotor hubiese deseado.

intervenir, por la fuerza, el día en que sus intereses políticos le demandaran hacer desaparecer todo desorden. El estado precario en que se desenvolvía su autoridad en el país, no le permitía aspirar a gobernar sin el temor e imponiéndose como árbitro soberano en los diferendos industriales.⁴⁸

Transformar los sindicatos en asociaciones político criminales para que sirvieran de auxiliares al gobierno democrático, ese fue el proyecto de Waldeck-Rousseau desde 1884. Los sindicatos tendrían que desempeñar un papel análogo al que vimos desempeñar a las Logias: éstas sirviendo de espías de los funcionarios, aquéllos, destinados a amenazar los intereses de los patronos poco favorables a la administración. Los francmasones eran recompensados con condecoraciones y favores para sus amigos. Los obreros estaban autorizados a arrancar a sus patronos jornales suplementarios. Esta política era muy simple y no costaba caro.

Para que este sistema pueda funcionar convenientemente, es preciso que haya cierta moderación en la conducta de los obreros. No solamente la violencia debe contenerse en discretos límites, sino que las reclamaciones mismas no deben ser excesivas. Es necesario aplicar en esto los mismos principios que para los *pots-de-vin* (coimas) * percibidos por los políticos: son aprobados por todos cuando se saben moderar las exigencias. Las gentes de negocios saben que existe todo un arte de la coima; ciertos comisionistas han adquirido una habilidad muy particular para justipreciar las sumas que deben ofrecerse a los altos funcionarios o a los diputados que pueden llevar a buen término un convenio.⁴⁹ Si los financieros están casi siempre obligados a recurrir a los buenos oficios de los especialistas, con mayor razón los obreros —no duchos en las costumbres mundanas— necesitarán intermediarios para determinar la suma

⁴⁸ En un discurso del 21 de junio de 1907, Charles Benoist se lamentaba de que el caso Dreyfus hubiera contribuido a desacreditar la *razón de Estado* y obligado al gobierno a apelar a los elementos perturbadores para restaurar el orden.

* Modismo francés que alude a la propina, dádiva o coima (N. del T.).

⁴⁹ Supongo que nadie ignora que ningún negocio importante se trata sin coima.

que pueden exigir de sus patrones sin exceder los límites razonables.

Es así como nos vemos compelidos a considerar el arbitraje bajo una óptica nueva, y a comprenderlo de una manera realmente científica, ya que, en vez de dejarnos adormecer por las abstracciones, debemos explicarlo según las ideas dominantes en la sociedad burguesa, que lo ha inventado y lo quiere imponer a los trabajadores. Evidentemente, sería absurdo entrar en una salchichería e intimar que se nos venda un jamón a un precio inferior al mercado, y reclamando un arbitraje. Pero no es absurdo prometer a un grupo de patronos el beneficio que puede procurarles la estabilidad de los salarios durante algunos años, ni preguntar a los *especialistas* cuáles gratificaciones merece tal seguridad. Esta gratificación puede ser considerable, si es dable confiar en la buena marcha de los negocios durante ese período. En vez de entregar una coima a un hombre influyente, los patronos aumentan el salario a sus obreros. Desde este punto de vista, no hay ninguna diferencia. En cuanto al gobierno, se convierte en benefactor del pueblo y espera tener buenas elecciones. Ahí está su provecho particular. Los beneficios electorales que, para el político, derivan de una conciliación bien llevada, valen más para él que una espléndida coima.

Se comprende, en tanto, por qué todos los políticos tienen una admiración tan grande por el arbitraje. Es que no comprenden que puede existir algún negocio sin coima. Muchos de nuestros políticos son abogados, y los clientes se interesan sobremanera en su influencia parlamentaria cuando les confían sus pleitos. Es así como un ex ministro de justicia está seguro siempre de tener causas remuneradoras, aunque tenga muy poco talento: lo que importa es que tiene los medios de obrar sobre los magistrados, de los que conoce muy bien los defectos y a quienes puede perjudicar. Los grandes abogados políticos son preferidos por los financistas, que tienen serios problemas que vencer en los tribunales, que están acostumbrados a otorgar generosas coimas y que, en consecuencia, pagan regiamente. El mundo patronal se presenta así a nuestros gobernantes como un mundo de aventureros, de jugadores y de corsarios de la Bolsa. Opinan que esta clase adinerada y criminal debe sufrir, de cuando en cuando, las exigencias de otros grupos sociales.

Les parece que el ideal de la sociedad capitalista, tal como ellos lo vislumbran, debe ser *regulación de los apetitos bajos de los abogados políticos*.⁵⁰

Los católicos no se disgustarían —ahora que están en la oposición— si hallaran apoyo en las clases obreras. No hay halagos que no dirijan a los trabajadores para convencerlos cuánto beneficio les reportaría abandonando a los socialistas. También les gustaría organizar sindicatos político-criminales, como Waldeck-Rousseau trató de organizar hace unos veinte años. Pero los resultados obtenidos por ellos hasta el momento son bastante mediocres. Su objetivo es salvar a la Iglesia, y opinan que los capitalistas de criterio podrían sacrificar parte de sus beneficios para dar a los sindicatos cristianos ciertas satisfacciones, necesarias para asegurar el éxito de esta política religiosa.

Recientemente, un católico culto, que se ocupa mucho de cuestiones sociales, me decía que los obreros tendrían que reconocer, dentro de pocos años, que sus prejuicios contra la Iglesia carecen de fundamento. Yo creo que se ilusiona en la misma medida en que se engañaba Waldeck-Rousseau, en 1884, cuando estimaba ridícula la idea de una federación revolucionaria de los sindicatos. Pero el interés material de la Iglesia engeuece de tal modo a los católicos que son capaces de todas las tonterías.

Los católicos sociales tienen una manera de figurarse la economía que los asemeja mucho a nuestros políticos más viles.

⁵⁰ Tomo de una célebre novela de León Daudet algunos rasgos del abogado Méderbe: "Era un hombre extraño, grande, enjuto, de cuerpo bastante elegante, coronado con una cabeza de pescado muerto, con verdes ojos impenetrables, de cabellos apretados y lisos, y en todo él, algo de glacial y rígido... Había elegido la profesión de abogado, como la más apropiada para satisfacer sus necesidades de dinero y los de su mujer... Tomaba la defensa, sobre todo, de asuntos financieros, por el gran beneficio que dejaban y por los secretos en que se introducía. Se le confiaban a él a causa de sus vinculaciones semi políticas, semi judiciales, que le aseguraban siempre una causa ganada. Exigía fabulosos honorarios. *Lo que se le pagaba era la seguridad de la absolución*. Este hombre disponía, pues, de un inmenso poder... Daba la impresión de un bandido armado para la vida social, seguro de la impunidad" (*Les morticoles*), págs. 287-288). Es evidente que muchos de esos rasgos, pertenecen a aquel a quien los socialistas llamaron a menudo "el abogado de Eiffel", antes de convertirlo en el semidios de la Defensa republicana.

Gran trabajo les cuesta a los clericales, efectivamente, suponer que las cosas puedan marchar de otro modo, y no por la gracia, el favoritismo y las dádivas.

Muy a menudo he oído decir a algunos abogados que el sacerdote no puede nunca comprender que ciertos hechos, que el Código no castiga, son, no obstante, atroces. Y, según el notario de un obispo, la clientela de los conventos es excelente, pero también muy comprometedor, porque con frecuencia solicitan que se libren actas fraudulentas. Muchas personas que ven desde hace unos quince años construir tantos monumentos fastuosos por las congregaciones religiosas, se han preguntado si sobre la Iglesia ha soplado un viento de locura. Ignoraban que esas construcciones permitían a una muchedumbre de gente devota y pícara vivir a expensas de las riquezas clericales. Muy a menudo se ha destacado la imprudencia cometida por las congregaciones al obstinarse en proseguir largos y costosos procesos contra la Tesorería pública. Esta táctica permitía a los radicales mantener contra los monjes una agitación permanente, denunciando la avaricia de quienes se declaran consagrados a la pobreza. Pero aquellos procesos beneficiaban pingüemente a un ejército de piadosos picapleitos. No creo exagerar si digo que más de un tercio del tesoro eclesiástico fue dilapidado en provecho de vampiros.

En el mundo católico reina, pues, una total improbidad, que lleva a los creyentes a suponer que las relaciones económicas dependen, principalmente, de los caprichos de aquellos que guardan la caja. Cualquiera que haya aprovechado una buena ganga —y para ellos todo beneficio de capital es una buena ganga—⁵¹ debe hacer participar a las personas acreedoras de su afecto o su consideración: primero, los curas⁵² y luego los clientes de los curas. Si no respeta esa regla, es un canalla, un francmasón o un judío, y no hay violencia que esté prohibida contra semejante secuaz de Satán. Cuando se escucha, entonces,

⁵¹ No creo que haya gentes menos capaces de comprender la economía de la producción, que los sacerdotes.

⁵² En Turquía, cuando un alto dignatario de palacio recibe una coima, el Sultán exige que el dinero se le entregue, y él le devuelve una parte de la suma. La fracción devuelta varía, según el soberano esté de mal o buen humor. La moral del Sultán es la misma de los católicos sociales.

a los sacerdotes usar un lenguaje revolucionario, no se debe creer en las apariencias y suponer que esos fogosos oradores tienen algunos sentimientos capitalistas. No, lo que ha ocurrido es que los capitalistas no han sido lo suficientemente generosos.

Aquí también el arbitraje va a imponerse; habrá que recurrir a hombres muy experimentados en la vida para saber cuáles sacrificios están dispuestos a hacer los ricos en favor de los pobres clientes de la Iglesia.

IV

El estudio que acabamos de hacer no nos llevó a pensar que los teóricos de la paz social estén en un camino que pueda conducirlos a una moral digna de ser aceptada. Entretanto, procederemos a una contra prueba y nos preguntaremos si la violencia proletaria no sería capaz de producir los efectos que vanamente se esperarían de las tácticas pacíficas.

Debe observarse, en primer lugar, que los filósofos modernos parecen estar acordados en pedir que la moral futura presente el carácter de lo sublime, lo que la separaría de la pequeña moral católica, que es bastante vulgar. El gran reproche dirigido a los teólogos es haber otorgado demasiado a la noción del probabilismo. Nada parece más absurdo (por no decir más escandaloso) a los filósofos contemporáneos, que contar las opiniones emitidas en pro o en contra de una máxima para saber si debemos conformar a ella nuestra conducta.

El profesor Durkheim decía hace poco en la Sociedad francesa de filosofía (11 de febrero de 1906) que sería imposible separar lo *sagrado* de lo *moral* y que lo que caracteriza lo sagrado es ser inconmensurable en relación con los otros valores humanos. Reconocía que sus investigaciones sociológicas lo llevaban a conclusiones parecidas a las de Kant, y afirmaba que las morales utilitarias habían desconocido el problema del deber y de la obligación. No deseo discutir aquí esas tesis. Solamente las cito para mostrar hasta qué punto el carácter de lo sublime se impone a los autores que, por la naturaleza de sus trabajos, parecerían los menos dispuestos a aceptarlo.

Ningún escritor ha expresado con más fuerza que Proudhon

los principios de esta moral que los tiempos modernos han tratado vanamente de realizar: "Sentir y afirmar la dignidad humana —dice—, primero en lo que nos es propio y luego en la persona del prójimo, sin intenciones egoístas y sin consideración alguna de divinidad o comunidad: éste es el *Derecho*. Estar preparado en toda circunstancia a tomar con energía, y si es preciso, contra uno mismo, la defensa de esta dignidad: he ahí la *Justicia*".⁵³ Clemenceau, que sin duda no practica casi nunca esta moral para uso propio, expresaba el mismo concepto cuando escribía: "Sin la dignidad de la persona humana, sin la independencia, la libertad, el derecho, la vida no es más que un estado bestial que no vale la pena de ser conservada" ("Aurore", 12 de mayo de 1905).

Se ha hecho a Proudhon un reproche bien merecido; el mismo, por otra parte, que se ha dirigido a muchos grandes moralistas. Se le ha dicho que sus máximas eran admirables, pero que estaban destinadas a permanecer impotentes. En efecto, la experiencia nos ha demostrado lamentablemente que las enseñanzas que los historiadores de las ideas denominan muy insignes, son por lo común ineficaces. Esto fue evidente para los estoicos y no menos visibles para el kantismo. Y no parece que la influencia práctica de Proudhon haya sido muy perceptible. Para que el hombre haga abstracción de las tendencias contra las cuales se levanta la moral, es menester que exista en él algún poderoso resorte, y que la *convicción* domine totalmente la conciencia antes que los cálculos de la reflexión hayan tenido tiempo de presentarse en el espíritu.

Aún más: puede decirse que los gentiles razonamientos por medio de los cuales los autores creen poder determinar al hombre a obrar moralmente, serían más bien, capaces de arrastrarlo en la pendiente del probabilismo. Desde el momento en que razonamos sobre un acto a cumplir, nos vemos obligados a preguntarnos si no habría algún medio apropiado que nos permita eludir las estrictas obligaciones del deber. A. Comte suponía que la naturaleza humana cambiaría en el porvenir, y que los órganos cerebrales que originan el altruismo (?), se impon-

⁵³ Proudhon, *De la Justice dans la Révolution et dans l'Eglise*, tomo I, p. 216.

drían sobre los que producen el egoísmo. Probablemente, vislumbraba que la decisión moral es instantánea y surge de las profundidades del hombre como un instinto.

Proudhon se limitó, como Kant, a recurrir a una escolástica para explicar la paradoja de la ley moral: "Sentir su ser en los otros, al punto de sacrificar a ese sentimiento todo otro interés; exigir para los demás idéntico respeto que para uno mismo, e irritarse contra el indigno que permite que se le falte, como si el cuidado de su dignidad no le incumbiera, tal facultad parece, a primera vista, muy extraña... Todo hombre tiende a determinar y a hacer prevalecer su esencia, que es su dignidad misma. Y al ser idéntica y única la esencia para todos los hombres, cada uno de nosotros se siente a un tiempo como persona y como especie; que la injuria perpetrada es sentida por los terceros y aun por el ofensor mismo como por el ofendido, y que, en consecuencia, la protesta es general, en lo cual reside precisamente la justicia".⁵⁴

Las morales religiosas pretenden poseer ese resorte que faltaría en las morales laicas;⁵⁵ pero aquí es necesario hacer una distinción si quiere evitarse el error en el que han caído tantos autores. La masa de los cristianos no sigue la verdadera moral cristiana, esa que la filosofía considera como verdaderamente típica de su religión. Todos los mundanos que profesan el catolicismo están preocupados sobre todo en el probabilismo, en los ritos mecánicos y en ceremonias más o menos análogas a las de la magia, propias para asegurar su felicidad presente y futura a pesar de sus deslices.⁵⁶

El cristianismo *teórico* no fue jamás una religión apropiada para la gente de mundo; los doctores de la vida espiritual siem-

⁵⁴ Proudhon, *loc. cit.*, págs. 216-217.

⁵⁵ Proudhon opina que este defecto existía durante el paganismo: "Durante algunos siglos, las sociedades formadas por el politeísmo tuvieron modos de vida, pero no moral, y con la ausencia de una moral sólida-mente cimentada en principios, las costumbres terminaron por desaparecer" (*Loc. cit.*, p. 173).

⁵⁶ Enrique Heine pretende que el catolicismo de una esposa es algo muy saludable para el marido, porque la mujer no está atada al peso de sus faltas. Después de confesarse, vuelve otra vez a gorjear y a reír". Además, no está obligada a referir de nuevo su falta (*L'Allemagne*, 2ª ed., t. II, p. 322).

pre han tenido presentes a esas personas que pueden sustraerse a las condiciones de la vida común". Cuando el concilio de Gangres, en 325 —dice Renán— declaró que las máximas del Evangelio sobre la pobreza, sobre el renunciamiento a la familia, sobre la virginidad, no se dirigían a los simples fieles, los perfectos se crearon lugares aparte, donde la vida evangélica, demasiado alta para el común de los hombres, pudiese ser practicada sin retaceos". Y observa, atinadamente, que "el monasterio va a reemplazar al martirio, para que los consejos de Jesús fueran aplicados en alguna parte".⁵⁷ Pero Renán no lleva más adelante este asunto: la vida de los grandes solitarios será una lucha material contra las potencias infernales que los perseguirán hasta en el desierto,⁵⁸ y este combate seguirá al que los mártires sostuvieron contra sus perseguidores.

Estos hechos nos encaminan a la comprensión de las elevadas convicciones morales: éstas no dependen en absoluto de los razonamientos o de una educación de la voluntad individual; dependen de un estado de guerra del cual los hombres aceptan participar y que se traduce en mitos concretos. En los países católicos los monjes sostienen el combate contra el príncipe del mal que triunfa en el mundo y desearía someterlos a sus designios; en los países protestantes, las pequeñas sectas fanáticas equivalen a los monasterios.⁵⁹ Estos son los campos de batalla que permiten a la moral cristiana mantenerse con ese carácter de sublimidad que fascina tantas almas incluso hoy día, y les otorga bastante brillo para suscitar en la sociedad algunas descoloridas imitaciones.

En presencia de un estado menos rico de moral cristiana, es entonces posible ver hasta qué punto esa moral depende de las luchas. Le Play, que era un excelente católico, opuso a menudo (con gran escándalo de sus correligionarios) la solidez de las convicciones religiosas que encontraba en países de creencias

⁵⁷ Renan, *Marc-Aurèle*, p. 558.

⁵⁸ Los santos del catolicismo no luchan contra abstracciones sino, a menudo, contra apariciones que se les presentaban con todos los caracteres de la realidad. Lutero, también, tuvo que batirse con el diablo, sobre el que arrojó su tintero.

⁵⁹ Renan, *loc. cit.*, p. 627.

mezcladas, al espíritu de malicia que reina en los países sometidos exclusivamente a la influencia de Roma.

Entre los pueblos protestantes, hay tanto más ardor moral cuanto más la Iglesia establecida es fuertemente asediada por las sectas disidentes. Advertimos así que la convicción se fundamenta sobre la competencia de comuniones, de las que cada una se considera armada de la verdad para combatir las legiones del mal. En tales condiciones, es posible toparse con lo sublime. Pero cuando las luchas religiosas son muy temperadas, el probabilismo, los ritos mecánicos y las ceremonias de tipo mágico ocupan el primer lugar.

Podemos advertir algunos fenómenos semejantes en la historia de las ideas liberales modernas. Durante largo tiempo, nuestros padres consideraron de un punto de vista casi religioso la Declaración de los derechos del hombre, que nos parece hoy nada más que una recopilación bastante insípida de fórmulas abstractas, confusas y sin grandes alcances prácticos. Pero aquello se explica en que las tremendas luchas eran entabladas en relación con instituciones que se vinculaban con aquel Documento: el partido clerical pretendía demostrar el error fundamental del liberalismo. En todas partes, organizaba sociedades de combate destinadas a imponer su dirección al pueblo y al gobierno, y se vanagloriaba de poder, muy pronto, aplastar a los defensores de la Revolución. En la época en que Proudhon escribía su libro sobre la justicia, el conflicto se hallaba lejos de estar terminado. Es así que esa obra está escrita en un tono belicoso que asombra al lector actual: Allí, el autor habla como si fuera un veterano de las guerras de la libertad. Quiere desquitarse contra los vencedores de un día que amenazan suprimir todas las conquistas de la Revolución, y anuncia la gran revuelta que empieza a surgir.

Proudhon confía en que el duelo esté próximo, que los dos partidos se enfrenten con todas sus fuerzas y que tenga lugar una batalla napoleónica, aplastando definitivamente al adversario. Utiliza a menudo el lenguaje de la epopeya. No se da cuenta que sus razonamientos abstractos parecerán endebles más tarde, cuando sus ideas belicosas hayan desaparecido. En toda su alma hay un hervor que la determina y que da a su

pensamiento un sentido oculto, muy alejado del sentido escolástico.

El salvaje furor con el cual la Iglesia persiguió el libro de Proudhon demuestra que en el campo clerical se tenía exactamente la misma concepción que la suya sobre la naturaleza y las consecuencias del conflicto.

Mientras lo sublime se imponía así al espíritu moderno, pareció posible constituir una moral laica y democrática; pero en nuestra época, tal empresa parece más bien cómica. Todo ha cambiado desde que los clericales no parecen temibles. Y tampoco hay más convicciones liberales desde que los liberales no están animados de las pasiones guerreras de antaño. Hoy se ha tornado todo tan confuso que los curas pretenden ser los mejores demócratas. Han adoptado "La Marsellesa" como himno de su partido, y si les rogara un poco, encenderían luminarias para el aniversario del 10 de agosto de 1792. De una y otra parte, ya no hay nada de sublime, porque la moral de unos y otros tiene una inocultable bajeza.

Evidentemente, Kautsky tiene razón cuando afirma que la dignificación de los trabajadores, en nuestro tiempo, dependió de su espíritu revolucionario. "Es inútil —dice al final de un estudio sobre las reformas sociales y la revolución— que se busquen sermones morales para inspirar al obrero inglés una concepción más elevada de la vida, el sentimiento de esfuerzos más nobles. La ética del proletariado deriva de sus aspiraciones revolucionarias; éstas son las que le brindan más fortaleza y elevación. Es la idea de la revolución la que ha levantado de su postración al proletariado".⁶⁰ Es evidente que, para Kautsky, la moral está subordinada siempre a la noción de lo sublime.

El punto de vista socialista es muy diferente del que puede hallarse en la vieja literatura democrática. Nuestros padres creían que el hombre era mucho mejor cuanto más cerca estaba de la naturaleza, y que el hombre del pueblo era una especie

⁶⁰ Karl Kautsky, *La révolution sociale*, trad. franc. págs. 123-124. Ya señalé en otra parte que la decadencia de la idea revolucionaria entre los antiguos militantes que se tornan *moderados*, parece acompañarse de una decadencia moral, que he comparado a la que se encuentra generalmente entre el sacerdote que ha perdido su fe (*Insegnamenti Sociali*, págs. 344-345).

de salvaje. En consecuencia, habría más virtud cuanto más se descende en la escuela social. Muchas veces, los demócratas han hecho observar, en apoyo de su concepción que, durante las revoluciones, los más pobres han dado, con frecuencia, los más bellos ejemplos de heroísmo. Ellos explican esto al suponer que los oscuros héroes eran verdaderos hijos de la naturaleza. Para mí, la explicación es ésta: esos hombres estaban comprometidos en una guerra que debía terminar con su triunfo o su esclavitud; el sentimiento de lo sublime debía nacer de modo natural de las condiciones de la lucha. Durante una revolución, los miembros de las clases altas se presentan por lo común bajo una actitud particularmente desfavorable. Como pertenecen a un ejército en derrota, tienen sentimientos de vencidos, de suplicantes; de capitulantes. En los medios obreros que son *razonables* al gusto de los profesionales de la sociología, cuando los conflictos se reducen a discusiones de intereses materiales, no puede haber nada de más sublime como cuando los sindicatos rurales discuten con los vendedores de abono respecto del precio del guano. Nunca se pensó que las discusiones sobre los precios sean de tal carácter que ejerzan una influencia moralizadora sobre los hombres. La experiencia de los mercados de animales podría hacer suponer que en tales ocasiones los interesados son llevados a admirar más bien la astucia que la buena fe; los *valores morales* de los chalanos no se estiman, por cierto, muy elevados.

Entre las mejores realizaciones llevadas a término por los sindicatos agrícolas, de Rocquigny destaca una: en 1896 "la comuna de Marmande, pretendiendo someter a los ganados llevados a la feria a una *tasa considerada inicua* por los ganaderos... éstos se declararon en huelga y cesaron de aprovisionar el mercado de Marmande, hasta que la Municipalidad se vio obligada a ceder".⁶¹ He aquí un procedimiento muy pacífico y que consiguió dar beneficios a los campesinos; pero es evidente que la moralidad no tiene nada que ver en este asunto.

Cuando intervienen los políticos se produce casi necesaria-

⁶¹ De Rocquieny, *op. cit.*, págs. 379-380. Me gustaría saber en qué sentido una tarifa puede ser *inicua*. Misterio y Museo social! Los ingeniosos hablan un lenguaje especial.

mente una notoria disminución de la moralidad, ya que no hacen nada sin interés y no actúan sino a condición de que la sociedad favorecida se sume a su clientela. Así nos vemos muy lejos del camino de lo sublime: estamos más bien en el que conduce a las prácticas de las sociedades político-criminales.

Mucha gente instruida cree que nunca se aplaudirá lo suficiente el viraje de la violencia a la astucia que se manifiesta en las actuales huelgas de Inglaterra. Las trade-unions se ocupan en que se les reconozca el derecho de emplear la amenaza disfrazada de fórmulas diplomáticas. No desean ser molestadas cuando hacen circular alrededor de las fábricas a los delegados que tienen la misión de decir a los obreros que quieren trabajar que a ellos les convendría seguir las *indicaciones* de las trade-unions. *Consienten* en expresar sus *deseos* bajo una forma que será perfectamente dura para el oyente, pero que podrá ser presentada al tribunal como un sermón de solidaridad. Confieso no comprender lo que hay de tan admirable en esta táctica digna de Escobar. Los católicos han empleado antes, con frecuencia, métodos intimidatorios análogos contra los liberales. Es así como comprendo muy bien por qué tantos ingenuos admiran las trade-unions; pero la moral de esos ingenuos me parece muy poco digna de respeto.

Es cierto que en Inglaterra la violencia está desprovista —desde hace mucho tiempo— de todo carácter revolucionario. Ya sea que las ventajas corporativas sean buscadas a puñetazos o por medio de la astucia, no es muy grande la diferencia entre ambos métodos. Con todo, la táctica pacífica de las trade-unión revela una hipocresía que sería mejor dejar a los ingenuos. En los países donde existe la noción de la huelga general, los golpes intercambiados durante las huelgas, entre obreros y personeros de la burguesía tienen otra significación; sus consecuencias son muy lejanas y pueden dar origen a lo sublime.

Estimo que es necesario recurrir a estas consideraciones sobre lo sublime para comprender, al menos en parte, el repudio que provocó la doctrina de Bernstein en la social-democracia alemana. El alemán ha sido amamantado con lo sublime hasta una proporción extraordinaria: primero, por la literatura

que se refiere a las guerras de la Independencia;⁶² luego, por el rejuvenecimiento del gusto por los antiguos cantos nacionales que siguieron a esas guerras, y finalmente, por una filosofía que aspiraba a objetivos situados muy lejos de las preocupaciones vulgares. Es preciso reconocer también que la victoria de 1871 contribuyó bastante para dar a los alemanes en general un sentimiento de confianza en sus fuerzas que no podemos encontrar entre nosotros actualmente. Compárese, por ejemplo, el partido católico alemán con los pollos mojados que forman en Francia la clientela de la Iglesia. Nuestros clericales no piensan más que en humillarse ante sus adversarios, y son felices mientras haya muchas tertulias durante el invierno. No tienen memoria de los servicios que se les ha prestado.⁶³

El partido socialista alemán obtuvo una energía particular de la idea de catástrofe que sus propagandistas difundían por doquier, y que fue tomada muy en serio, en tanto que las persecuciones de Bismarck mantuvieron el espíritu beligerante de las agrupaciones. Ese espíritu era tan poderoso que las masas no llegaron aún a comprender bien que sus jefes eran nada menos que revolucionarios.

Cuando Bernstein, que era demasiado sensato como para ignorar cuál era el verdadero espíritu de sus amigos del comité directivo, manifestó que era preciso renunciar a las grandiosas esperanzas que se habían hecho nacer en las almas, hubo un momento de estupor; muy poca gente comprendió que las de-

⁶² Renán escribió: "La guerra de 1813 a 1815 es la única de nuestro siglo que tuvo algo de épico y de elevado... (ella) correspondió a un movimiento de ideas, y tuvo una verdadera significación intelectual. Un hombre que participó en esta grandiosa lucha me contaba que, despertado por el cañoneo en la primera noche que pasó entre los cuerpos franceses reunidos en Silesia, creyó asistir a un inmenso culto divino" (*Essais de moral et de critique*, p. 116). Hay que recordar la oda de Manzoni titulada "Marzo 1821", y dedicada a "la memoria ilustre de Théodore Koerner, poeta y soldado de la independencia germánica, muerto sobre el campo de batalla de Leipzig, nombre querido a todos los pueblos que combaten para defender o reconquistar una patria". Nuestras guerras de la libertad fueron épicas, pero no tuvieron una literatura tan buena como la guerra de 1813.

⁶³ Drumont denunció mil veces ese estado de espíritu del bello mundo religioso.

claraciones de Bernstein eran actos de valentía y de lealtad, destinados a poner el lenguaje en relación con la realidad. Si era menester contentarse de ahí en adelante con una política social, también era preciso negociar con los partidos parlamentarios y con el gabinete; hacer exactamente lo que hacen los burgueses. Esto parecía monstruoso a los hombres que habían sido nutridos con las ideas de catástrofe. Muchas veces se había denunciado la astucia de los políticos burgueses, y se había enfrentado sus argucias a la franqueza y al desinterés de los socialistas, y mostrado todo lo que comporta de artificio su actitud de oposición. Jamás se hubiera pensado que los discípulos de Marx siguieran las huellas de los liberales. Con la nueva política, basta de caracteres heroicos, basta de sublimidad, basta de convicciones! Los alemanes creyeron que el mundo estaba subvertido.

Es evidente que Bernstein tenía mil razones para no querer mantener una apariencia revolucionaria que estaba en contradicción en el pensamiento del Partido: no encontraba en su patria los elementos que existen en Francia o en Italia. No vio entonces otro medio para mantener al socialismo en el terreno de las realidades que suprimir todo lo que había de falaz en un programa revolucionario en el que no creían ya los jefes. Kautsky deseaba, por el contrario, conservar el velo que ocultaba a los ojos de los obreros la verdadera actividad del partido socialista. De ese modo alcanzó mucho éxito entre los políticos, pero contribuyó, más que nadie, a agudizar la crisis del socialismo en Alemania. Diluyendo las frases de Marx en verbosos comentarios, no es el modo de mantener intacta la idea revolucionaria, sino adaptando siempre el pensamiento a los hechos que pueden tomar un sentido revolucionario. La huelga general por sí sola puede producir hoy ese resultado.

Entretanto, queda por formularse una gravísima pregunta: ¿Por qué los actos de violencia, en algunos países, pueden agruparse alrededor de la imagen de la huelga general y dar por resultado una ideología socialista, rica en sublimidad, y en otras naciones no es posible? Las tradiciones nacionales desempeñan aquí un gran papel. El examen de ese problema conduciría quizá a arrojar una viva luz sobre el origen de las ideas, pero no lo hemos de abordar aquí.

CAPÍTULO VII

LA MORAL DE LOS PRODUCTORES

- I. — *Moral y religión. Desprecio de los demócratas por la moral. Preocupaciones morales de la nueva escuela.*
- II. — *Preocupaciones de Renán sobre el porvenir del mundo. Sus previsiones. Necesidad de lo sublime.*
- III. — *La moral de Nietzsche. El rol de la familia en la génesis de la moral. Teoría de Proudhon. Moral de Aristóteles.*
- IV. — *Hipótesis de Kautsky. Analogías entre el espíritu de la huelga general y el de las guerras de la libertad. El terror que ese espíritu causa a los parlamentarios.*
- V. — *El obrero en el taller de alta producción. El artista y el soldado de las guerras de la libertad: deseo de ultrapasarse toda medida. El cuidado de la exactitud y el abandono de la idea de la justa recompensa.*

I

Hace cincuenta años, Proudhon advertía sobre la necesidad de dar al pueblo una moral conforme a las nuevas necesidades. El primer capítulo de los discursos preliminares que abren *De la Justicia en la Revolución y en la Iglesia*, tiene por título: "Estado de las costumbres en el siglo XIX. Invasión del escepticismo moral: la sociedad en peligro. ¿Dónde está el remedio?" Allí pueden leerse estas frases tremendas: "Francia ha perdido